Cuarto. Por los medios ordinarios de exploración, que poseemos, las más veces, es imposible diagnosticar con precisión las monstruosidades.

Quinto. Las monstruosidades unitarias facilitan ordinariamente el parto, salvo que se trate de encefalóceles, exencefalóceles, hidrocefalos, ó de eventraciones, cuyo diagnóstico es muy difícil; éstos pueden complicar notablemente el trabajo.

Por lo expuesto fácilmente se comprende ahora porqué no pude establecer un diagnóstico preciso, vista la configuración especial de la cabeza del infante, incapaz de encajarse, como en el parto fisiológico de vértice, á guisa de cuña dilatadora, en el cuello uterino; porque el parto fué relativamente largo, y porque necesitó de la intervención directa; porque se escaparan las aguas amnióticas en su totalidad, tratándose de una presentación cefálica; porque pudo recorrer el niño el canal pélvico, sin encontrar obstáculo ninguno, verificándose el descenso, desde el estrecho superior, casi en un sólo tiempo, dada la diferencia notable de los diámetros pélvicos en relación con los cefálicos (del producto).

Alamos, Sonora, Agosto de 1890.

ALFONSO ORTIZ.

MEDICINA LEGAL.

Irresponsabilidad eriminal fundada en un impulso de naturaleza patológica de causa pasional.

NOCAS veces se ve el perito médico más perplejo que cuando tiene que resolver cuestiones relativas á la capacidad civil y á la responsabilidad criminal de las personas. No hay investigación más difícil, más ardua, ni más grave que esta. Al menos cuando se trata de formas bien definidas de enajenación mental, de locuras constituidas clínicamente puede el perito proceder con seguridad. Lo único difícil es hacer el diagnóstico, pues una vez formulado, la cuestión de responsabilidad queda ya resuelta.

En efecto, cuando se trata de un caso típico de locura, sea que éste afecte exclusiva ó preferentemente las facultades intelectuales, presentándose con su cortejo de ilusiones, alucinaciones y concepciones delirantes;

ó sea que altere principalmente la voluntad, y se traduzca por impulsos morbosos bien definidos, conscientes, repetidos y que acaban por conducir á un acto ilícito, la cuestión de la responsabilidad se cifra exclusivamente en la cuestión clínica del diagnóstico; una vez que se reconoce que se tiene delante un caso de locura intelectual ó de locura moral, puede el perito con toda seguridad declarar irresponsable al sujeto de su observación.

Los casos eminentemente difíciles son aquellos en que no se trata de una locura definida ya y clínicamente constituida, sino de una simple predisposición; los casos en que se tiene delante un neurópata, un degenerado, una personalidad excéntrica, un carácter desequilibrado. Los casos eminentemente difíciles son aquellos en que no se trata ni de un individuo plenamente cuerdo ni manifiestamente loco, sino del que ocupa un término medio y huella la imperceptible línea divisoria que sirve de frontera á la razón y á la sinrazón.

Para proceder con método en investigación tan complicada y difícil resolvamos antes esta cuestión: ¿Es lícito admitir que en un neurópata de facultades mentales desequilibradas, de carácter excéntrico, positivamente predispuesto á la locura, puedan suscitarse bajo el influjo de emociones extraordinarias impulsos positivamente morbosos que le priven de libertad moral?

En nuestro concepto esta cuestión debe resolverse por la afirmativa. Los individuos definidos así están caracterizados por la violencia de sus pasiones, por la energía de sus impulsos, por la vivacidad de sus deseos, por la irregularidad de su conducta, por la movilidad de sus determinaciones, por la exaltación de sus ideas, por lo desenvuelto de su imaginación, por la facilidad con que pasan del entusiasmo al abatimiento, y por la desusada y viva expresión de todos sus estados mentales.

Estos individuos deslumbran muchas veces á su cortejo por la vivacidad y brillo de sus ideas y por la energía con que las expresan, son locuaces, su mímica es de lo más expresivo, sus ademanes de lo más enérgico; son quisquillosos y susceptibles, y toman á menudo una broma inofensiva por una injuria atroz, su carácter es irascible y por la menor causa, por la más leve contrariedad, se entregan á violentos trasportes coléricos.

¿Cómo negar que en un temperamento cerebral constituido así una pasión legítima, una emoción violenta y motivada, una injuria sangrienta en realidad, no determine una reacción impulsiva tan violenta que no esté en mano del individuo que la experimenta, refrenarla?

¿Pero se nos dirá, en dónde está el elemento morboso que dé á la impulsión carácter anómalo? En la predisposición morbosa contestamos: en la predisposición, que para ser algo positivo debe tener un fundamento orgánico por más que nuestros insuficientes medios de observación no alcancen á revelarlo. Es indudable que el cerebro del hijo de un loco adolece de algo que, por no saber nosotros á punto fijo lo que es, nos contentamos con llamarle una predisposición morbosa, y la prueba de que es así está en las manifiestas anomalías, extrañezas y excentricidades que se advierten en los descendientes de los enajenados. Apoyados en la más sana fisiología podemos inferir la lesión del órgano comprobada la alteración de la función; ahora bien, supuesto un individuo cuyas facultades intelectuales morales y afectivas ofrecen habituales y permanentes trastornos, se puede suponer que el órgano que preside á estas funciones está alterado, aunque no sea posible definir ni precisar la alteración.

Si la cuestión teórica no obstante su dificultad, nos permite llegar á una solución positiva, en la práctica la dificultad aumenta de tal modo que casos habrá en que el perito no pueda formular solución. En cada caso particular es preciso para comprobar la realidad de la predisposición y lo positivo de la anomalía orgánica, emprender un examen minucioso, delicado, detenido; más delicado, más detenido, más minucioso aún, que cuando se trata de las verdaderas locuras; un examen verdaderamente nimio, porque en casos de este género no hay detalle que carezca de significación. Se requiere recoger y comprobar cuidadosamente los antecedentes hereditarios del individuo y formar, por decirlo así, su árbol genealógico mental: se requiere tomar nota de los casos de locura, de los de neurosis convulsivas, de los de alcoholismo, ó de las simples excentricidades de los ascendientes. En seguida debe procederse á formar la historia completa del individuo que se examina, anotar las enfermedades convulsivas de la infancia, á fijar con la mayor precisión posible las diversas fases del desenvolvimiento intelectual, la época de la aparición de las pasiones, de los instintos genésicos y del modo como han sido satisfechos; procédase luego á tomar nota de la historia del medio intelectual y moral en cuyo seno se desarrolló la personalidad que se estudia, y aquí viene la averiguación relativa á la constitución del hogar doméstico en que el examinado pasó su niñez, á las ideas religiosas y morales que se le inculcaron, á las prácticas que presenciaba y á las que se le sometía, á la época en que se le inculcó la instrucción primaria, á la forma en que esto se practicó y al grado de afición, constancia y aprovechamiento que el educando mostró; ave-

rigüese el género de amistades que contrajo en la escuela, y así, paso á paso, sígasele en su vida, para reconstituir hasta donde sea posible el conjunto de hechos y personas que como ambiente moral le ha rodeado hasta la fecha.

Después conviene hacer el estudio psíquico de la persona que se examina, investigar el estado de las funciones animales, la sensibilidad y la motilidad; y luego explorar las facultades mentales, estudiándolas una á una y en su acción mutua; en cuanto á lo primero, tómesese nota del grado de imaginación, del poder de abstracción, del vigor del raciocinio, de la solidez ó debilidad del juicio, del estado de la memoria, estudiándola bajo el doble aspecto de prontitud para aprender y de tenacidad para retener, fijándose cuidadosamente en las diversas formas de esta facultad, á saber, memoria de los lugares, de las formas, de los colores, de las palabras, de los números. Se ha de hacer una exploración minuciosa de la naturaleza y energía de los instintos, de su persistencia y de las causas que habitualmente los estimulan; luego explórense los afectos y sentimientos, procurando formarse idea exacta del sentimiento de la dignidad personal, cuya exaltación es siempre sospechosa.

Entre los movimientos pasionales, conviene fijarse particularmente en dos: el terror y la cólera, anotar sus estimulantes habituales, la intensidad que alcanzan, las manifestaciones que la traducen.

Estudiadas así una por una y en sí mismas las facultades mentales de quien es sujeto del examen, viene luego el estudio de su acción en común; aquí conviene sobre todo tomar nota de la vivacidad, de la energía, de la persistencia que en él presentan las emociones pasionales y del carácter de los instintos.

Para llevar á cabo investigación tan delicada, el perito ha de proceder con sumo tacto, con gran delicadeza y ha de mostrar no poca sagacidad; ha de procurar ganarse la confianza y si es posible el afecto de la persona á quien examina, se ha de entregar con él á conversaciones íntimas, y ha de dar ocasión á que se explaye. Hay que tomar la opinión que sobre el examinado tienen sus parientes, amigos, conocidos ó personas que tengan negocios con él; hacer un examen amplio y minucioso de su correspondencia y escritos, hacerlo que explique una ó muchas veces ciertos actos notables de su vida, y averiguar con maña sus gustos, aficiones, inclinaciones y costumbres.

Para terminar averiguación tan difícil resta sólo proceder al examen orgánico del individuo que se examina: este punto es capital, se anotarán

con empeño las deformidades, los vicios de conformación y aun las simples anomalías de forma sobre todo cuando estos defectos residen en la región cefálica. Entre las anomalías de configuración de los órganos de la cabeza, tienen gran importancia las del pabellón de la oreja, las depresiones de la región occipital, y las anomalías congénitas del aparato de la visión.

Cuando esta investigación delicada arroja datos concurrentes, cuando el estudio mental del individuo revela un desequilibrio manifiesto, cuando se pueden comprobar los antecedentes hereditarios y reconocer en la organización cefálica del individuo esas anomalías que con tanta propiedad llaman "estigmas" los autores contemporáneos, en estos casos, decimos, puede el perito declarar la irresponsabilidad.

Se notará que en lo que llevamos expuesto no nos hemos fijado en el hecho mismo que motiva la averiguación, en el acto ilícito ó cruel consumado por el degenerado á impulsos de su organización defectuosa. Esta omisión ha sido voluntaria, se funda en que el hecho en sí puede ser completamente sin importancia y del todo análogo al que la sola pasión hubiera inducido á cometer; lo que imprime al acto, en los hechos á que nos referimos, su sello morboso, no es el acto mismo, no es el carácter del móvil, es simplemente el sello defectuoso propio al organismo de la persona que lo consumó.

Nuestro Código Penal distingue dos casos de irresponsabilidad fundada en la enajenación mental: primero, que el actor desconozca la ilicitud de la infracción; segundo, que conociéndola carezca de libertad para obrar en el sentido que la razón lúcida le dicta: á la primera categoría pertenecen las locuras en que el delirio afecta la inteligencia; los casos que venimos estudiando pertenecen á la segunda, y desde el punto de vista médico-legal son asimilables á la locura moral aun cuando sean clínicamente distintos.

Nada significa pues en los casos á que nos referimos el que la inteligencia se conserve íntegra, supuesto que la lesión no la afecta, lo dañado es la voluntad; lo patológico consiste en la impulsión irresistible que sigue á la emoción pasional, y si el individuo es irresponsable de las consecuencias de su impulsión, débese á que es irresponsable de su organismo. Fuéle trasmitido por vía hereditaria un sistema nervioso mal coordinado y de defectuoso funcionamiento, su voluntad cede vencida por el defecto orgánico, el libre albedrío se suspende en él, y por más que la inteligencia señale el abismo, la personalidad caerá en él como el jinete arrastrado por el corcel que no obedece al freno:

PORFIRIO PARRA.